

El mito del primer protón

Imagina un inmenso vacío, absoluto, sin forma, sin tiempo, sin dirección. Solo permanece una vasta red de protones, quietos, inmóviles, como si estuviesen en una meditación interminable. ¿Cuánto tiempo han estado así? ¿Mil, dos mil, tres mil trillones de años? ¿O quizás aún más? No hay forma de saberlo, porque el tiempo, en ese estado, no tiene sentido.

Pero hoy... algo sucede.

Uno de esos protones, por una fracción infinitesimal de instante, suelta la "mano" de su compañera. Nada lo empujó. Nadie lo ordenó. Simplemente, ocurrió. Y en el momento en que retoma el contacto, una chispa vibra entre ellos. Un destello que rompe el silencio eterno. Esa chispa no fue solo luz: fue existencia. Fue un neutrón.

Y al darse cuenta de que algo había surgido, el protón también lo supo: lo que estaba frente a él ya no era su reflejo. Era algo nuevo. Y al reconocerse en la diferencia, comprendieron ambos que habían nacido. Así emergió la energía.

La red entera, lentamente, comenzó a despertar. Como si cada interacción abriese otra, cada nuevo vínculo disparaba una nueva reacción. Pero no eran reacciones ciegas. Eran danzas, ideas, gestos únicos del universo experimentándose a sí mismo. Algunos colapsos formaron estrellas. Otros, planetas. Algunos simplemente átomos, repitiendo la primera melodía vibracional.

Pero uno, solo uno, fue distinto.

Un colapso electrificó un planeta especial. El Planeta Cero. Y allí, entre millones de combinaciones,

El mito del primer protón

surgió una forma biológica singular. Un nodo viviente, sensible, con la capacidad de percibir la red que lo creó... y algo más: la capacidad de crear sus propios mini colapsos. Esa forma era la conciencia. No como origen del universo, sino como el primer eco que aprendió a originar.

Así nació el primer reflejo.

Y con él, la historia jamás contada del primer protón.